

ser un sufrimiento, ni provoca en ellos el cansancio o la indiferencia. La disciplina, suave, pero firme, los orienta sin dejarse ver, ningún trabajo empezado se suspende sin haber visto el final, pero a eso no los lleva una fuerza exterior, sino la curiosidad sabiamente despertada y el deseo de vencer un obstáculo.

Las horas de la tarde son dedicadas a la redacción, lectura y discusión de un cuaderno de notas en que el niño escribe sus observaciones y estudios del día. Al principio no encontraban gran cosa para contar, pero luego, con la práctica vino la habilidad y con ésta el placer de escribir cuanto habían visto, hecho o aprendido por la mañana.

¡Ah! no: aquella no era una enseñanza libresca o de palabras. Un pedante cualquiera habría podido enredar a esos niños y probarles que no eran capaces de contestar muchas de aquellas preguntas enrevesadas que son el orgullo de los examinadores oficiales. Pero en el curso de una conversación con ellos, un inteligente se habría sorprendido al ver su vivacidad, el poder de recepción de su inteligencia, la atención que emanaba de sus ojos profundos y alegres de niños sanamente desarrollados.

Inútil decir que en «Novella» no hay clases de canto ni de dibujo, pero que en cambio se canta y dibuja; que la Gimnasia ha sido reemplazada con los juegos; que la moral y el civismo no son enseñados, sino vividos, y que a sus alumnos podéis conocerlos en que son alegres y bulliciosos, resueltos, observadores y siempre ocupados en buscar el por qué y el para qué de las cosas!

Así nos pinta Mr. Eslander la «Escuela del Porvenir» y algo semejante están haciendo hoy las Escuelas Nuevas de Europa. ¿Pero no es verdad que es un sueño realizable? ¿Verdad que muchas de nuestras escuelas, en especial las de los campos, no están muy lejos de «Novella»?

TULIO GAVIRIA U.

Genève, 1920.

(De Colombia.—Medellín).

El encuentro

¡Qué emoción tan vaga la de aquel encuentro!
Subterráneamente resbalaba el tren,
y en borrosa fila por mi ensueño adentro
las memorias dulces del primer encuentro
como un tren expreso se fueron también...

¡Cuánto, cuánto tiempo pasó desde aquella
charla deliciosa, que acaso ya esté
perdida en tu ingrata memoria de estrella
de café cantante—de la charla aquella
que empezó con tímidos contactos de pie!

Y aun eres la misma, danzarina mía:
aun tienen tus ojos esa claridad
de romanticismo, de melancolía...
¡Aun pudiera al verte temblar de alegría
y al abandonarte morir de ansiedad!

¡Ah! ¿me reconoces? ¡Con qué voz discreta
murmuras: «¡Qué raro *volvete* a encontrar!»
Y luego, mostrándome el odioso atleta
con quien vas: «—Mi esposo...—Juan, es el poeta
ruso de que a veces te he solido hablar».

Al fin, cuando notas que ya Juan no halla
qué decir; que yo opto por ponerme a leer:
con una adorable sonrisa canalla,
mientras tu marido taciturno calla,
le dices mirándome: «Pues ¿sabes? ayer

me encontré con Fanny yendo en un tranvía,
y la dí mil quejas (aquí alzas la voz
y tu pie me busca) y dice que había
llamado dos veces, pero que pedía
Hárlem dos, tres, cinco... y es tres, cinco, dos...»

Magdalena

Para ALFREDO ORTIZ VARGAS

Compañera, compañera
¡qué cruel es la noche afuera!
¡cómo silba el viento frío!
¡y qué bien estoy contigo
en este cuartito amigo
que ni es el tuyo, ni es mío!

Cuarto neutral de alquiler
por el que no más ayer
pasaron otros amantes;
en el que nos amaremos
una noche, y nos iremos
como otros se han ido antes...

¡Qué pensativa es tu frente!
¡Cómo se abre tu luciente
cabello de oro en la almohada!
¡Qué sugestión singular
de un largo viaje por mar
tiene al mirar tu mirada!

¿No ves? Pasó ya el empeño
brutal que me hizo tu dueño;
de aquel abrazo sañudo
no quedan sino estos lazos
blandos que forman mis brazos
sobre tu cuerpo desnudo...

Del lecho en la paz profunda,
teniéndote así, me inunda
tan regalada delicia,
que por gozar de su calma
la carne se me hace alma
y el alma se hace caricia...

¿Recuerdas? Tu paso breve
sobre la nocturna nieve
alegre repiqueteo
puso en la dormida calle;
dábanse cita en tu talle
la tentación y el deseo.

Nos encontramos, dijiste
Tal vez... cuando sonreíste,
en el manguito la faz
hundiendo a medias. Deshecho
viento. Seguimos un trecho,
delante tú, yo detrás...

¡Oh romántica excursión!
Temblaba mi corazón
como en los años mejores:
a ratos me parecía
que mientras yo te seguía
seguían detrás mis amores.

Al fin, Broadway: claridad;
en mí, vulgar ansiedad;
torpe descoco en tus ojos;
y el vil ajuste corriente
en que pensé tristemente:
¡qué pena de labios rojos!

Y luego—pero ¿qué tienes?
¿qué peso abruma tus sienes?
vamos ¿qué tienes, pequeña?
¿Lloras? ¡Pobrecilla mía!
Ven, no te pongas sombría,
ven... así... soñemos ¡sueña!

¡Pobres los dos! Peregrinos
que por distintos caminos
nos encontramos; y presos,
en hambre tú, yo en lujuria,
nos hemos hecho la injuria
de traficar con los besos...

Vamos, ven, mira... ¿Qué haces?
¿Por qué trémula deshaces
el tibio nudo tranquilo
con que mi abrazo te asía?
¿Qué buscas? ¿Qué pena impía
guarda tu ceño intranquilo?

¿Tu traje...? Bueno—¡y qué hermosa
estás así, misteriosa,
deshecho el pelo, desnuda...!
Pero ¿estás loca, pequeña?
¿por qué tu mano me enseña
el precio—y te quedas muda?

Esos billetes que oprimes—
¡Ah, los estrujas... y gimes...
y resueltamente luego
los quemas...! ¡Pobre alma mía...
cómo te quiero! Estás fría...
¡y qué calor da este fuego!

DMITRI IVANOVITCH

(Del tomo *La ventana y otros poemas*. San José de Costa Rica, 1921).

LA LIBRERIA ESPAÑOLA DE MARIA V. DE LINES

APARTADO DE CORREOS N° 314

San José y Cartago

TELÉFONO 38-TELÉGRAFO «LINES»

Acaba de recibir: Blocks para cartas, Sobres, Tintas Stafford, Davis y Carter, Pasta blanca en tarritos, Goma

Por cada correo se reciben las novedades literarias españolas y extranjeras

Ultima novela de Hugo Wast: **Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre.** Léala Ud.